

EL CONDE DRÁCULA NACIÓ EN IRLANDA

En 1847 llegó al mundo en Dublín (Irlanda) el escritor Abraham (Bram) Stoker, quien hubiera celebrado su cumpleaños 169 si hubiera disfrutado de la vida que le concedió a su personaje más famoso, el conde Drácula.

El olor de las fogatas o las imágenes de una fiesta como Halloween, que celebra la visita de los muertos a este mundo, quizás flotaban en la cabeza del pequeño Bram cada día de su cumpleaños, nacido una semana después de la celebración pagana, exportada desde los Estados Unidos a todo el mundo y que se festeja el primer día de noviembre.

Muertos como el aristócrata transilvano salido de su imaginación, un conde atormentado al que Stoker resucitó como un vampiro o nosferatu, vocablo cuya etimología no está clara, pero que el escritor irlandés creía que significaba “no muerto” en algún dialecto rumano.

Irlanda ha festejado el centenario (2012) de la muerte del escritor, con actos que, sin embargo, no alcanzaron la altura concedida a otros grandes de las letras irlandesas como James Joyce, Samuel Beckett u Oscar Wilde.

Tal vez se deba al hecho de que Stoker pasó la mayor parte de su vida adulta en Londres, donde trabajó durante casi tres décadas en el



Teatro Liceo y que su fama se deba casi exclusivamente a un solo título: La Historia del Conde Drácula.

Ni siquiera la casa dublina (Irlanda era inglesa cuando nació Stoker) tiene una placa que diga que ahí vivió durante su infancia el creador de una leyenda terrorífica y que su libro sobre Drácula fuera durante tantos años cabeza de ventas y realizaciones cinematográficas.

Esa casa, desocupada desde hace tiempo, fue puesta en venta en 2012 con una base de 750 mil euros, pero ni siquiera el edificio, quizás encantado, que “cruje y gime por las noches” según anunciaba la inmobiliaria, aguantó el mordisco de la crisis económica irlandesa.

Además de su interés literario, la casa donde nació el creador de Drácula, tiene también un interés histórico, pues en ella se escondieron algunas joyas de la corona rusa durante la revolución bolchevique de 1917.

El político irlandés y dirigente nacionalista Harry Boland usó esas alhajas para hacer frente a un préstamo que concedió a revolucionarios rusos en 1918 durante un viaje a los Estados Unidos, cuando Irlanda luchaba por independizarse del Reino Unido, objetivo que alcanzó plenamente recién en 1937.

VÉRTICE CULTURAL “RAMON ISMAEL BARBÁ”

Boletín de Distribución Gratuita Registro de la Propiedad Intelectual en Trámite.

Directora: NORMA J. BARBA
Diseño Gráfico: Mariana Muriago
Impreso en Autotipía Gráfica

Vértice Cultural

Ramón Ismael Barbá

9 y 304, Veinticinco de Mayo (PBA) • E-Mail: vertice.barba25@fibertel.com.ar
www.museodelcarnaval25.com.ar • Tel. 02345.15.68.6630

VOLVAMOS AL RESPETO



Ejerciendo el respeto entre nosotros todo empieza a tener sentido.

No es necesario leer libros de filosofía, ni a los grandes pensadores, solo mirando a nuestro alrededor hay miles de circunstancias que, aunque parecen pequeñas y sin importancia, nos distinguen las buenas acciones de las que no lo son. Permanentemente aprendemos los unos

de los otros.

El famoso “No hagas al otro lo que no quieras que te hagan a ti”, aunque parezca tan antiguo y conocido jamás, o muy pocas veces, se cumple.

Tampoco hablamos aquí de grandes actos, sino de acciones cotidianas. Saludar, decir gracias, tener un gesto amable con una persona anciana, una sonrisa oportuna, pedir disculpas o por favor. Nada de lo enumerado cuesta dinero, es gratis, no hace perder nada, todos pueden hacerlo, y hasta debiera ser espontáneo. Debemos entender que solo pasamos una vez por la vida y superarnos, mejorar, y darnos cuenta que no somos los únicos, que el otro existe y también el otro soy yo. Por eso el respeto nos acerca al otro y nos facilita la vida. Nunca está demás.

No juguemos con los equívocos, evitemos la ironía. No vivamos en la apariencia y ejercitemos siempre la verdad. No cometamos el error de despreciar el respeto como cosa sin importancia. Tratemos de vivir la vida sin alardear con frases hechas que nos conducen a la nada misma y adoptemos la necesidad interior de ser auténticos. Es que los signos exteriores del respeto tienen sin duda un profundo fondo moral. Por eso es tan vulgar la precipitación y los malos modos todo lo arruinan, por eso las buenas maneras son lentas.

La vida, el aire, el agua, la tierra, son sagrados. Seamos dignos de llevar adelante esa vida, actuemos en consecuencia, todo se puede mejorar para bien.

Pilar, una amiga española a quién llamé para felicitarla por sus 93 años, me respondió cuando le pregunté cual era su deseo para este cumpleaños: “Seguir siendo respetuosa y que nadie me falte el respeto”.

Boletín de distribución gratuita.

septiembre - octubre 2016

77

Sarmiento: ¡Gloria y loor! ¡Honra sin par!

Como canta el Himno a Sarmiento: “Con la luz de tu ingenio iluminaste la razón, en la noche de ignorancia”. Ignorancia en la que se cae siempre de nuevo cuando se descuida la educación. Sarmiento, vidente profundo, sabía que “todos los problemas son problemas de educación”. Qué retroceso lamentable, qué olvido criminal, haber despreciado la educación. Qué lejos estamos de las epopeyas sarmientinas. Qué bajo hemos caído; qué difícil levantarse. Y ya que no tenemos glorias presentes, recordemos al menos las pasadas... Toda la gesta se encuentra relatada en un libro

de Julio Crespo, publicado en febrero de 2008 y justamente titulado: “Las Maestras de Sarmiento.”

La historia comienza en 1845, cuando Sarmiento, que estaba exiliado en Chile, es enviado por el gobierno chileno a Europa y los Estados Unidos para indagar sobre los últimos métodos de enseñanza. En 1847 en East Newton, cerca de Boston, Sarmiento conoce a Horace Mann, padre de la educación norteamericana, y a su esposa Mary Peabody Mann, que ofició de traductora (había aprendido el castellano en Cuba donde trabajó de institutriz durante dos años). La hermana de Mary, Elizabeth, es la inventora de los jardines de infantes en los Estados Unidos. Ese encuentro sería fecundísimo. En mayo de 1865, Sarmiento llega a los Estados Unidos como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de la Argentina. Recorre el país y escribe un libro: “Las escuelas: base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos”. Se empezaba a poner en práctica lo que parecía una locura: la importación de maestras norteamericanas que



Mary Mann

fundaran un sistema educativo en la incipiente Argentina: país en plena formación que necesitaba de un instrumento clave para asimilar el aluvión migratorio: la escuela normal. Se trata además de un verdadero encuentro entre culturas: Nueva Inglaterra, de donde provienen la mayoría de las maestras, era una región en ebullición cultural, donde se dieron pensamientos políticos, sociales, económicos y culturales de los que salieron movimientos como el antiesclavismo, el sufragismo y también las pioneras del feminismo norteamericano. Sarmiento admiraba lo que pasaba en Nueva Inglaterra.

En 1868, ya con Sarmiento como Presidente, la idea comienza a concretarse. Sarmiento soñaba con la llegada de 1000 docentes. La realidad, siempre más modesta, le reservó 65: 61 mujeres y 4 varones arribaron entre 1869 y 1898. Mary Peabody Mann se encargó, junto a Kate Dogget, una activista en pro del sufragio femenino en Chicago, de detectar las candidatas para viajar a la Argentina y la convocatoria se publicaba en los principales diarios de los Estados Unidos: maestras normales, jóvenes pero con experiencia, de buena familia, excelentes modales, conducta y morales irreprochables y, en lo posible, de aspecto agradable. Según Sarmiento debían tener muy buen estado físico, “para dar ejemplo a nuestras criollas, tan acostumbradas a estar inmóviles, asistidas por sus servidumbres”. La paga era buena, los contratos de tres años podían renovarse, y comenzaban a correr en el momento en que se embarcaban, las maestras podrían dar cursos públicos de inglés o clases

particulares. Mujeres de Nueva York, Pennsylvania, Maryland, Virginia, Ohio, Nueva Inglaterra, animadas por un elevado ideal de ampliar horizontes, en un impulso por ayudar a aquellos menos favorecidos en los adelantos educativos, llegaron sin saber el idioma y con una idea sólo aproximada de lo que era la Argentina. Su destino era ser maestras de maestras y fundar el normalismo. Todas marcaron a fuego el diseño del sistema educativo argentino: introdujeron cuestiones antes inexistentes en las escuelas: el desarrollo artístico, el sentido de la responsabilidad, la puntualidad, la asistencia a pesar de las inclemencias del tiempo, el aseo personal y el orden, el trabajo manual, la gimnasia, cuadernos de trabajos, deberes escritos, bibliotecas escolares, exposiciones de historia natural y excursiones educativas.

Suprimieron los exámenes públicos, a la vez que desalentaron el aprendizaje de memoria. También contribuyeron a jerarquizar el rol del docente y permitieron que muchas mujeres argentinas tuvieran una profesión.

Viajaron dos meses en barco y entre diez y quince días en diligencia para venir a formar parte en San Juan del plantel de la Escuela Normal de Maestros. Y así como llegaron a San Juan, también lo hicieron a Catamarca, Jujuy, Tucumán, Paraná, Córdoba y otros destinos.

De los 65 que llegaron, 5 murieron en los primeros años, principalmente de fiebre amarilla y cólera. 36 enseñaron durante 13 años en la Argentina, otros regresaron a su país una vez terminado el contrato. 20 se radicaron y murieron aquí. Al menos 5 se casaron en la Argentina, pero no con argentinos.

En octubre de 1869 llegó a Buenos Aires la primera agraciada: Mary Gorman. Según Sarmiento debía fundar la primera escuela normal de San Juan, pero Gorman se negó a

emprender semejante viaje al interior del país y Juana Manso logró que fuera designada al frente de una primaria porteña, en la que luego abrió el primer jardín de infantes del país. Se casó con un inglés y permaneció en la Argentina hasta su muerte en 1924. Tres docentes más que llegaron en abril de 1870 también se negaron a ir a San Juan: eran Serena Wood (que moriría un año después víctima de la fiebre amarilla) y las hermanas Isabel y Anna Dudley.

John Stearns fue el fundador de la Escuela Normal de Paraná, que se convirtió en centro modelo y dividía sus tareas en dos áreas, la enseñanza de las normalistas (hacia allí se dirigían las maestras recién llegadas al país, para ambientarse y aprender español en cuatro meses) y la escuela de aplicación, donde funcionaban la primaria y la secundaria.

Cada una de ellas fue pionera. Con su país, dejaban un mundo conocido y previsible para trasladarse a la aventura en toda la acepción de la palabra. Para mencionar algún que otro ejemplo, Sarah Eccleston fundó los jardines de infantes (para lo cual siguió la línea de Elizabeth Mann) y luego fundó la Sociedad Froebeliana Argentina, además de representar al país en la Conferencia Mundial de Educación de 1897. Mary Morse y Margaret Collord, trabajaron



Sarah Eccleston

juntas en Mendoza y, salvo un breve interludio, vivieron en Mendoza hasta su muerte, en 1945 y con diferencia de días, y fueron las últimas sobrevivientes de la cruzada. La única de todas las emigradas que relató la experiencia fue Jennie “Juanita” Howard, quien pasados los 80 años publicó *In Distant Climes and Other Years* (“En otros años y climas distantes”, hay edición en español de 1951), un relato de su llegada y primeras andanzas, en 1883. Ahí escribió: “es más difícil para la raza latina decir la verdad”. Murió en Buenos Aires en 1933 a los 88 años.